

[RESEÑAS]

**Roberto Martínez González. *El nahualismo*.**

México: Universidad Nacional Autónoma de México /  
Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, 684 pp.

Por: José Rafael Romero Barrón<sup>1</sup>

Escuela Nacional de Antropología e Historia  
tallersignosdemesoamerica@gmail.com

Con la lectura de *El nahualismo*, vinieron a mi memoria una serie de cuestiones que me han acompañado gran parte de mi vida, desde el seno familiar (como quizás en el de muchos), los nahuales eran un tema de sobremesa; se contaban una infinidad de anécdotas.

Había sido visto con forma de toro, tecolote, perro negro, burro, mula, guajolote, enanito y hasta como catrín. Ya nunca regresaba al que se llevaba, lo volvía su esclavo para la eternidad. Sólo con ingenio se le lograba engañar y el artífice de la proeza regresaba lleno de riqueza, de prosperidad y de salud, que no eran para siempre, pues el plazo se cumplía y había que pagar la deuda a la tierra con su vida, con su cuerpo.

Recuerdo que en la hermosa biblioteca de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), donde Roberto Martínez González es profesor y asiduo lector, hallé una infinidad de clásicos de la antropología mesoamericana, en los que se trataba el tema de los nahuales. Revisé algunos de sus volúmenes, pasando de una región a otra de Mesoamérica, sin orden aparente. Sin embargo, conforme iba investigando, me fui dando cuenta de que en muchos de los trabajos que consultaba, los autores hacían alguna referencia a los nahuales.

La investigación me iba develando, en la figura del nahual, aquel personaje con la posibilidad de metamorfosearse del que nos hablan las historias de los

---

<sup>1</sup> Trabajó por varios años como ayudante de investigación del SNII en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, con el Dr. Alfredo López Austin. Es maestro en Historia y Etnohistoria, actualmente candidato a doctor por la ENAH, bajo la tutela de la Dra. Catharine Good Eshelman; autor de artículos, reseñas, ensayos, entrevistas, cuentos, videos y programas de radio, publicados en revistas científicas; coordinador del Taller Signos de Mesoamérica y los Andes. Hoy día coordina, junto con el Dr. Sabino Arroyo, de la Universidad de San Marcos, Perú, el seminario Simbología de la Montañas sagradas de los Andes y Mesoamérica (APUMANTA) grupo de investigación de estudios comparativos entre dichas regiones. Sus líneas de investigación tratan sobre rebeliones indígenas, historia de Chiapas, cosmovisión mesoamericana y los mencionados estudios comparativos entre Mesoamérica y los Andes. Es un estudioso de la historia de la Sierra de las Cruces, además de entusiasta fotógrafo.

distintos pueblos de Mesoamérica, un mundo de esencias compartidas; que el nahual manejaba a voluntad y, así, podía moverse entre este y el otro mundo. Aquellos entes manipulables eran los nahuales, el nombre que los pueblos nahuas de Mesoamérica le dan a las entidades compañeras que, según la cosmovisión mesoamericana, complementan al cuerpo, su casa. Los mesoamericanos utilizan distintas palabras para referirse a ellas (además de nahual), como *lcêt*, *Ajb'al*, *Chanul*, *C'ulel*, *Wayjel*, *Lab*, *Onen*, *T'ekelel*, *kolel*, *Isnoq'al nax/il*, *Nduii*, *Draj Chij ria*, *Ombas*, *C'ok*, *Lacha*, *Jama*, *Ni'ko ne*, *n'yêti*, *Litapatl*, por ejemplo. De estas palabras depende la fortaleza y la debilidad de cada hombre, compuesto por distintas entidades anímicas que conviven (cuando el cuerpo está sano), en equilibrio y en constante movimiento. De este modo, la enfermedad es desequilibrio y estatismo.

*El nahualismo* nos sugiere que el corazón del hombre es una representación microcósmica de la figura del Monte Sagrado, igualmente poblado por entidades anímicas, de chaneques, con distintas cualidades benéficas o dañinas —según el contexto— repartidas por todo el mundo. De la misma forma, están los nahuales en el cuerpo humano y en el ánima-corazón:

fuerza última de vitalidad y centro, núcleo o esencia de todo aquello que existe. En el ser humano, dicha entidad actúa como sede de la acción, la emoción, el conocimiento, la memoria, la voluntad, el lenguaje, la identidad étnica y la energía individual. No obstante, las cualidades de tal elemento no eran inmutables sino que estas podían verse afectadas tanto por el comportamiento moral de la persona como por algunos de los males que afectarían al corazón [...]. Al mismo tiempo, el ánima-corazón no era una esencia unitaria centrada en el músculo cardíaco, sino un elemento múltiple y difuso que se encontraba disperso por todo el organismo (2010: 499-500).

Bajo la piel y sobre ella, el ánima-corazón es como el Monte Sagrado en el paisaje ritual, tal como del Monte Sagrado se reparten los dones, asimismo sucede con el ánima-corazón, de ahí se reparten los nahuales por el cuerpo, característicos de cada hombre. Así, los nahuales del hombre mesoamericano podrían ser cualidades de cada uno de los individuos, producto de sus experiencias con los

otros seres del mundo, trascendidas en la memoria. Porque, según Lévi-Strauss: "El mundo animal y el mundo vegetal no son utilizados solamente porque se encuentren ahí, sino porque proponen al hombre un método de pensamiento" (1981: 26).

Los nahuales representan la posibilidad del hombre de "ser otros seres", de "transformarse en ellos", de vestirse con su piel, de vivir como ellos, porque entienden su lógica y se la apropia. Según Martínez González, "lo que comparten los diferentes tipos de nahuales no es una función única sino la posesión de un ánima-*nahualli* particular que les permite trascender la condición humana (510); es decir, según deja ver el libro, una vocación que les permite dedicar su vida a trascender la condición humana, simbolizando su entorno, conforme a un orden con el que irrumpen en el mundo —como los dioses, que no lo hacen en todos los tiempos ni en todos los espacios, porque cada uno tiene su momento para irrumpir en él—. Por lo anterior, el conocimiento de los nahualistas sería la asimilación de dichos momentos: de los cómo, dónde, cuándo y porqué aparecen las divinidades.

El registro que los hombres hacen a lo largo del tiempo de la "causalidad del mundo" les sirve como los instrumentos de los que se vale el nahualista para interpretar la voluntad de los dioses; porque son el costumbre que rige la ritualidad de la comunidad —contenida en los calendarios, los promontorios, los sistemas adivinatorios y, en general, en todo el conocimiento indígena—, producto de la observación, discriminación, registro y transcendencia. Sin embargo, y siempre hay que tener presente este hecho, dicho conocimiento es resultado de una sociedad donde la causalidad del mundo se explica de forma holística, lo que la diferencia de forma radical del positivismo imperante en nuestra época. Sin embargo, los hombres-*nahualli*, como les dice Roberto Martínez, se valen de sus saberes para interpretar el devenir de sus comunidades según los tiempos.

De esta forma, metafóricamente, los maestros nahualistas se transforman en otros seres, porque son capaces de imitar algunas de sus cualidades y trascenderlas. Por eso los hombres-*nahualli* son especialistas que interpretan el devenir del tiempo a partir de su experiencia, según el costumbre. A partir de su interpretación, comunicación y acción, los maestros nahualistas —también conocidos como *pasados*— discuten las posibles decisiones que la comunidad debe tomar en su conjunto; además aconsejan a cada uno de sus miembros: "El hombre-*nahualli* es un consejero, un terapeuta y adivino que ejerce ciertas funciones sacerdotales" (506).

La forma en que utiliza su poder de metamorfosis refleja la fortaleza del nahual, de si procura la vida o la muerte. Para Roberto Martínez, existe el *buen nahualli* y el *mal nahualli*, "un primer tipo de *nahualli* que [...] actuaba como consejero, protector y terapeuta"(432), y "un segundo tipo de *nahualli* que era considerado como un ser eminentemente maléfico, dedicado principalmente a provocar, por muy diversos medios, la enfermedad y la muerte a las personas" (433). Sin embargo, dada la necesidad de lograr el equilibrio de las sociedades mesoamericanas, ambos tienen la capacidad de influir en los acontecimientos, porque conocían a los dioses, independientes de las pasiones humanas; unos de noche y otros de día. Son los encargados de mantener el equilibrio: a unos les toca dar vida y a otros les toca quitarla para que no se apague el Sol.

Ahora bien, en Mesoamérica se cree que al interior del cerro viven el Dueño y sus animalitos, dentro del cerro están los jefes, unos de luz y otros de oscuridad. Ahí se recrea el mundo todo el tiempo. Justamente, cuando las autoridades se reunían al interior del templo, sucedía lo mismo que al interior del cerro: se reunían los jefes en forma de animales. Dicho de otro modo, en el templo se reúnen los *pasados* nahualizados, porque dentro del templo es otro el tiempo y el espacio. Ahí ellos hacen funcional el costumbre según los tiempos; son los encargados de preservar la vida con sus acciones, regidas por los ciclos del mundo. Así, en el relato de dichos acontecimientos, de cómo se plasmaban en los códices las asambleas de los *pasados*, aparecen las aventuras de los dioses, porque ambos se confunden en el espacio anecuménico; donde la iglesia y el cerro representan el mismo lugar, sólo a distinto nivel. Cuando los hombres se reúnen en el interior del templo, se encuentran en el tiempo de las aventuras: el centro del mundo.

A partir de la lectura de *El Nahualismo*, podemos plantear que al interior del templo —representación microcósmica del cerro—, las autoridades de los pueblos son los *pasados*; es decir, los seres primigenios que habitaban ordenadamente el cosmos, los nahuales. Como todos eran parte de una misma comunidad, cada uno de estos hombres representaba a un territorio, a algún elemento importante de su paisaje. En otras palabras, existe toda una geopolítica de los nahuales. Ciertos conjuntos humanos, cabeceras de pueblo, por ejemplo, pueden tener varios nahuales; sin embargo, parece que siempre existirá un grupo que se encuentre más estrechamente ligado al Señor del Monte, encargado de regir la vida de los demás

grupos. Lo que sucede alrededor del templo, del Monte Sagrado, sucede a nivel del alma, en el ánimo-corazón pues Roberto Martínez señala que:

ciertos individuos pueden tener varios *nahuatlín*, parece ser que siempre existirá uno que se encuentre más estrechamente ligado a su destino. Las otras coesencias por lo general corresponden a especies diferentes, no señalan más que aspectos marginales de la personalidad humana (502).

De esta manera, cada uno de los nahuales representa al jefe y sobre ellos, sucesivamente, hay un jefe, hasta 400, cuyo lugar lo establecen las variantes de los tiempos según el costumbre, el orden del Sol que alumbró y solidificó el mundo. Ahora bien, la función de los nahuales es describir dicha solidificación para entender la lógica del sistema que rige al mundo.

Cabe la sugerencia de que los nahuales son categorías taxonómicas de la cosmovisión mesoamericana, ya que "es a través de este sistema que el hombre imagina poder intervenir en el orden de las cosas" (50), cuando observa y aprende de otros seres, cuando imita su lógica. Es así como el hombre mesoamericano imita a los muchos nahuales que, junto con él, pueblan el cosmos para mantener el equilibrio. Algunos hombres mesoamericanos son hombres-*nahualli*, capaces de observar su entorno y derivar lógicas de comportamiento ritual para que no se apague el Sol, para que no se pierda el orden. Los hombres-*nahualli* se distinguen en Mesoamérica porque son los encargados de mantener el orden, de entender, asimilar, recordar y *refuncionalizar* la causalidad holística que, según los mesoamericanos, rige los fenómenos del mundo. Tras leer *El nahualismo*, entendemos que así es, por lo menos, para los nahuas, otomíes, mixes, zapotecos, mixtecos, chinantecos, chontales, chatinos, tzeltales, choles, tzotziles, tojolabales, quichés, chuj, jacaltecos, tzutuhiles, mayas yucatecos, mames, mochó, lencas, chontales, yaquis, pueblo, huicholes, rarámuris, pápagos, diegueo, tlapanecos, lacandones y purépecha; todos ellos, pueblos estudiados en este libro, tratado de "nahualogía", indispensable para establecer un estado de la cuestión sobre el tema del nahualismo, en particular, y los especialistas rituales en Mesoamérica, en general; texto brillante que invita a comparar y proponer nuestras propias hipótesis acerca del tema.

### **Referencias bibliográficas**

Lévi-Strauss, Claude [1962](1981). *El totemismo en la actualidad*. Fondo de Cultura económica.

Martínez González, Roberto (2010). *El nahualismo*. Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Históricas.